

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

UNA NOVELA LÍRICA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE  
ALBERTO GORDO

f

2022

FIRMAMENTO

1

La ciudad es muy pequeña, basta un único paseo para conocer todos sus rincones. He descubierto ya un viejo patio, muy bonito, detrás de la iglesia, y al mejor peluquero de la ciudad, que vive en la calle adoquinada que hay justo al lado. Al alejarme unos pasos de su local, me encontré de pronto en la salida de la ciudad, solo había algunas villas de ladrillo, y la calle era de tierra y parecía un camino rural. Detrás comenzaba el bosque. Me di la vuelta y volví a pasar por la iglesia, ya conocía la zona bastante bien. Atravesando el viejo patio se llega a la calle principal, y ahora entro en el café Zum roten Adler para escribir un poco. En mi habitación de hotel, siempre tengo la tentación de tirarme en la cama y pasarme las pocas horas del día sin hacer nada. Me cuesta un gran esfuerzo escribir, pues tengo fiebre, y me retumba la cabeza como si me golpearan con un martillo.

Creo que, si conociera a alguien aquí, perdería enseguida el control. Así las cosas, no digo una palabra y ando de un lado a otro sin tener claras mis emociones.

El local me parece bastante extraño. En realidad, es una pastelería con vitrinas, tartas expuestas y una vendedora con un vestido negro de lana y un delantal blanco. En la esquina hay una estufa azul clara de

cerámica y los sofás están alineados en las paredes con los respaldos tiesos y acolchados. Un cachorro corretea ladrando, es un animalito descuidado y miserable. Una mujer canosa intenta acariciarlo, pero él la rechaza arqueando el lomo con miedo. La anciana lo sigue, lo tienta con un azucarillo y le habla sin parar en voz alta.

Creo que está mal de la cabeza. Nadie en el local parece prestarle atención.

Solo he escrito dos páginas y ya han vuelto los dolores. Son unos pinchazos en el lado derecho, remiten enseguida si me tumbo o si bebo alcohol fuerte. Pero no quiero acostarme, podría escribir muy bien ahora, y me desanima mucho estar en soledad sin hacer nada.

La vieja demente se ha ido, me gustaría ver cómo cruza la calle y si afuera sigue hablando consigo misma como las mendigas de pelo canoso en París.

Antes no era capaz de distinguir a los locos de los borrachos, los observaba con una especie de horror reverencial. Ahora ya no tengo miedo a los borrachos, yo también me he emborrachado muchas veces, es un estado hermoso y triste, te das cuenta de cosas que, de otro modo, nunca te admitirías a ti mismo, de sentimientos que tratas de ocultar y que, sin embargo, no son lo peor de nosotros.

Ahora me siento un poco mejor. Pido la indulgencia del lector por lo que hoy escribo. Pero Sibylle me dijo que nada, ni siquiera las vivencias más amargas, ni siquiera las horas más perdidas de mi vida, son completamente estériles. Por eso es tan importante

para mí, incluso en este estado de inutilidad, superar mis debilidades y someterlas después a la única crítica que de verdad me importa: ver si logro por una vez que Sibylle, en algún sentido, me tome en serio.

2

Lo que más me duele es que me fui sin haberme despedido de mi amigo Magnus. Está enfermo, lleva tres semanas en cama y yo lo he descuidado mucho. Lo vi hace unos días, tenía bastante mal aspecto. Estaba tumbado en la parte de atrás de su atelier, en aquel momento el médico estaba con él y me dio la mano. Lo examinó en silencio, observó la curva térmica y le dio al pequeño hijo del portero algunas indicaciones. El hijo del portero es un joven pálido y delgado de unos dieciocho años, cocina para Magnus y se ha hecho cargo de todos los cuidados. Cuando llega una visita, él mismo la conduce al atelier y después desaparece en la cocina. Se queda allí hasta que Magnus le llama. Está muy entregado a él... El médico le dio una receta y lo envió a la farmacia.

—Un buen chico —me dijo.

Y Magnus sonrió, y mi presencia allí simplemente se pasó por alto. El médico se marchó y yo esperé hasta que el chico volvió de la farmacia.

—¿Aún tienes dinero? —le pregunté a Magnus.

—¿Aún tenemos dinero? —le preguntó Magnus al chico, que contestó:

—Ayer me diste diez marcos, con eso aún tenemos. Se trataban de tú.

Después me fui y, unos días más tarde, Markus me envió una invitación del embajador inglés que había recibido a mi nombre, y me escribió además una carta. No he vuelto a saber nada de él.

Antes tenía siempre la necesidad de dar explicaciones a todo el mundo para poder vivir con los demás en armonía. Y eso que odiaba la locuacidad. Pero no sé si la odiaba porque caía siempre en ella o porque me daba cuenta de lo inútiles que eran todos mis intentos de hacerme entender incluso por los amigos más cercanos.

Digo «antes», pero quiero decir hace tres meses. Siempre me he resistido a cualquier periodización externa, pues detestaba la disciplina impuesta. Ahora he de acostumbrarme a la libertad, es como si me hubiera hecho mayor en una sola noche. Aquella noche podría haber visto a Sibylle en el Walltheater, desde luego tuve ocasión de verla. Pero me fui. Y antes de esa noche no habría aguantado aquí ni un solo día. No sabía nada de la soledad. Aguanto incluso que mis amigos me malinterpreten. De hecho, mi único deseo hasta ahora ha sido asegurarme su benevolencia, y para ello he derrochado toda mi amabilidad. Y mucho más.

Pero eso se ha acabado. Quién sabe lo que ocurrirá ahora.